

Li Fu-jen

Programa imperialista para Oriente

Junio de 1945

Extraído de Li Fu-jen, “Imperialist Program for the Orient”, en **Fourth International**, Vol. 6 No. 6 (Íntegro, No. 55), junio de 1945, Nueva York; pp. 166-169.

Traducido al castellano por Andrés Rucci.

El cambio de la guerra al Pacífico está enfocando más agudamente los objetivos reales, distintos de los pretendidos, y los objetivos por los cuales los imperialistas sumergieron a la humanidad en la segunda masacre mundial. La guerra contra Alemania, primer desafiante del statu quo, aparece como el prelude necesario para una lucha entre las potencias imperialistas remanentes para una redistribución del mundo.

Ya en 1934, en las tesis tituladas **Guerra y la Cuarta Internacional**, los trotskistas estimaron que la guerra que se avecinaba entonces era esencialmente una lucha por las colonias. En 1940, en la primera etapa de la matanza, el **Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la Guerra Imperialista y la Revolución Proletaria** reiteró esta estimación con las siguientes palabras: “Toda la guerra actual es una guerra por las colonias. Son cazados por algunos; en manos de otros que se niegan a renunciar a ellos. Ninguno de los dos lados tiene la menor intención de liberarlos voluntariamente “. En los hechos de los propios imperialistas estamos ahora recibiendo una sorprendente confirmación de esta evaluación marxista del carácter de la Guerra.

Asia contiene el más rico de los premios coloniales. Es aquí, en consecuencia, donde se encuentran los mayores riesgos de la guerra: las tierras continentales e insulares que abarcan a más de la mitad de la población mundial y las interminables reservas de riqueza natural. Fue aquí, durante dos siglos y más, que las potencias occidentales construyeron sus dominios imperiales más rentables. Mediante la guerra contra los habitantes nativos, y algunas veces entre ellos mismos, los saqueadores imperialistas establecieron el patrón del imperio oriental que existía en la época de Pearl Harbor. El botín colonial extraído de Oriente sería suficiente para industrializar China e India varias veces y proporcionar a los habitantes de toda Asia un alto nivel de vida.

Gran Bretaña conquistó la India, extendió su influencia en Birmania, estableció un puesto avanzado en Malaya (Singapur), avanzó hacia Hong Kong, esculpió “esferas de interés” en China. Los imperialistas holandeses lucharon contra los indonesios, se apoderaron del rico archipiélago de las Indias Orientales y sujetaron a su pueblo bajo la presión de la servidumbre colonial. Francia se apoderó de un imperio en Annam y Tonkín (Indochina). La Rusia zarista llegó a Manchuria, Japón, una de las últimas en el juego del bandidaje colonial, tomó Corea y Formosa, luego hizo la guerra a Rusia para allanar el camino para la toma

de Manchuria y, más tarde, China. El imperialismo yanqui, otro recién llegado, aunque potencialmente mucho más poderoso, arrebató Filipinas a España.

Cuando Alemania, en 1914, lanzó su primer desafío contra sus rivales occidentales, Japón, que aún no era una potencia imperialista hecha y derecha, se unió a los aliados con la esperanza de compartir el botín de guerra colonial. Todo lo que Japón consiguió fueron las migajas que cayeron de la mesa de conferencias en Versalles: las Marshall, las Carolinas y las Marianas, Islas del Pacífico que Alemania se vio obligada a ceder y que tenían poco más que valor estratégico para una futura guerra contra los Estados Unidos. Las ambiciones y las necesidades de Japón fueron mucho más allá, como lo demostró incluso entonces su confiscación de la provincia china de Shantung. Pero los imperialistas yanquis, asumiendo su papel de potencia mundial dominante después de la última guerra, obligaron a Japón a renunciar a ese pequeño bocado. Dai Nippon forzosamente tuvo que esperar su momento, esperar una nueva oportunidad para impulsar su programa de expansión del imperio.

Considerando el momento oportuno en 1931, cuando sus rivales occidentales, sobre todo Estados Unidos, se vieron acosados por una crisis económica devastadora, Japón marchó sin obstáculos a Manchuria. En 1937 llegó la invasión japonesa de China. Con estas campañas, los imperialistas japoneses, en palabras de Trotsky, se esforzaron por asegurarse un “amplio campo de batalla” en el continente asiático para un desafío posterior a los imperialistas angloamericanos por el control y la dominación de toda Asia oriental. Con la caída de Francia en 1940 y la aparentemente exitosa invasión de Hitler a la Unión Soviética al año siguiente, llegó la hora del destino de Japón.

Pero el Japón imperialista, como la Alemania imperialista, llegó a la escena demasiado tarde. Alemania, con una economía industrial sólo superada por la de los Estados Unidos, no podría encontrar recursos o un poder de ataque acorde con la tarea de “organizar” Europa y establecer la hegemonía mundial. El sueño de Hitler de *Pax Germanica* terminó en una catástrofe. Japón, sin ninguna de las ventajas económicas de Alemania, y agobiado por las reliquias arcaicas de un pasado muerto, está aún menos equipado para realizar los sueños imperiales de su reaccionaria clase dominante. Su programa para una “Esfera de Prosperidad de Asia Oriental” también debe terminar en una terrible catástrofe.

La posición internacional de Japón se delineó con precisión en las tesis adoptadas en 1938 por la conferencia de fundación de la Cuarta Internacional sobre **La Guerra en el Lejano Oriente y las Perspectivas Revolucionarias**.

El Japón insular, en la época del ocaso del capitalismo, partiendo desde una débil base económica, está bloqueada históricamente de concretar el destino imperial con el cual sueñan sus clases dominantes. Por debajo de la imponente fachada del imperialismo japonés hay debilidades orgánicas fatales que ya han sido agudizadas por la conquista militar de Manchuria. Los recursos del capitalismo japonés han resultado insuficientes para la tarea de construir de un imperio. El tejido económico del país está siendo forzado hasta el punto de quiebre por las nuevas campañas militares. El capitalismo japonés sobrevive a base de la intensa explotación del proletariado japonés, mientras que los campesinos, quienes comprenden la mayor parte de la población del Japón, son víctimas de creciente empobrecimiento y angustia. Las cargas de ambos, proletarios y campesinos, están siendo insoportablemente incrementadas por la guerra. Más de 30,000,000 de chinos en Manchuria aguardan la oportunidad de librarse del yugo japonés. Otros 21,000,000 de coreanos y 5,000,000 de formosanos anhelan su independencia del Japón. Todos estos factores constituyen el talón de Aquiles del imperialismo japonés y lo predestinan a su destrucción. Cuantas victorias militares que el ejército japonés logra ganar en China tienen apenas importancia episódica. ... La maquinaria militar de los imperialistas japoneses jamás ha sido arrojada contra una potencia de primera. Debilitado por lo que resultarán victorias pírricas en China, el imperialismo japonés se hundirá en derrota en la inminente guerra mundial si su carrera no es llevada un fin aun más acelerado por la revolución proletaria.

Las deslumbrantes victorias que Japón anotó en los primeros meses de la guerra en el Pacífico –la conquista en rápida sucesión de las Filipinas, Hong Kong, Malaya, Birmania y las Indias Orientales Neerlandesas–

engañaron a ciertos disques marxistas en las filas del Workers Party de Shachtman a la creencia de que habían subestimado el poder real del Japón. En realidad, esas victorias representaban el zenit de la ofensiva militar del Japón, el último brillo de una vela gastada llegando a su extinción final. El imperialismo japonés está ahora sufriendo derrota tras derrota. Tropas americanas casi han completado la reocupación de las Filipinas. Birmania ha sido retomada por fuerzas británicas y estas están posicionadas para asaltos que sin duda expulsarán a los japoneses de Tailandia, Malaya y Hong Kong. Tropas francesas, holandesas, británicas y australianas se alistan para tomar Indochina y las Indias Orientales Neerlandesas. Tropas australianas están, en estos instantes, golpeando a las entradas a la gran isla de Borneo. El Japón, a pesar de las más feroces y más costosas luchas defensivas, está mostrándose incapaz de frenar el creciente contra-ataque. Mientras tanto, los imperialistas americanos están implacablemente llevando a cabo su campaña de obliteración desde el aire contra la patria japonesa. Tokio ya ha sido dejada en ruinas. Grandes zonas de Nagoya, Osaka y Kobe, las principales ciudades industriales del Japón, han sido arruinadas por ataque aéreo. El imperialismo japonés está encaminado a la catástrofe total, la ruina irreparable. El pueblo japonés está pagando un precio estremecedor por las ambiciones derrotadas de sus gobernantes.

Zonas “liberadas”

El tempo acelerado de la “Batalla por Asia”—una expresión que en si misma define correctamente la guerra como una de saqueo colonial— resalta la cuestión del futuro de las islas y las áreas continentales “liberadas” de las garras de los imperialistas japoneses. No hay nada en la actuación de los “libertadores” anglo-americanos, ni siquiera en sus palabras, que indique que los habitantes recibirán libertad e independencia. Si los esclavistas “democráticos” se salen con la suya, estos pueblos nuevamente cambiarán una banda de bandidos coloniales por otro.

Tomemos el caso de la “liberada” Birmania. La misma vieja pandilla de déspotas británicos está de vuelta. Pero remontémonos un poco más atrás. En octubre de 1943, luego de su expulsión de Birmania por el ejército invasor japonés, el gobernador británico, Sir Reginald Dorman-Smith, lamentó que los oprimidos y sometidos birmanos no se habían movilizado para defender a los déspotas británicos de sus contrincantes japoneses. Dijo él:

Ni nuestra palabra ni nuestras intenciones son confiables en esa parte del mundo ... Hemos alimentado a los países como Birmania con fórmulas políticas hasta que están enfermos a la vista y el sonido de una fórmula, que ha llegado, en cuanto mi experiencia muestra, a ser visto como un medio muy británico de evitar un curso de acción definido.

Sir Reginald ahora está de vuelta en Rangún. Su último acto antes de volar a Birmania desde Simla, según informó la revista **Time** (28 de mayo) fue ofrecerle a los birmanos *otra* de esas “fórmulas” hipócritas. Toma la forma del conocido “libro blanco” del gobierno británico y describe tres etapas por el cual Birmania ganará “un gobierno propio completo dentro de la Mancomunidad Británica”. Con una pausa para notar que esto definitivamente no es lo mismo que la independencia, que incluiría el derecho incondicional de *separarse* del Imperio Británico, aquí están las tres etapas: Primero, dado que el “progreso” de la colonia ha sido “interrumpido” por la invasión y ocupación japonesa, el gobierno directo del gobernador de Birmania continuará hasta diciembre de 1948. De modo que incluso este “autogobierno” espurio se pospone a un lugar bastante confuso futuro. Pero para diciembre de 1948, y aquí llegamos al punto dos, se espera que se hayan celebrado elecciones y se haya restaurado el “autogobierno parcial” anterior a la guerra de Birmania. El segundo punto, como vemos, prevé elecciones solo si los amos británicos de Birmania deciden retenerlos. Y ahora, como si los puntos uno y dos no fueran suficientes para hacer que los birmanos arrojaran sus sombreros en el aire y gritaran de alegría por su inminente “libertad”, tenemos el punto tres, que es aún más atractivo. Este último punto declara que después de las elecciones, que pueden o no celebrarse, dependiendo del placer del gobernador y sus instructores de Londres, el pueblo birmano, habiendo

acordado entre ellos, redactará una constitución que será aprobada por el Parlamento británico. Pero supongamos que los birmanos deben redactar una constitución que el Parlamento no aprobará. ¡Bien, los birmanos volverán a donde comenzaron! Todo lo cual se suma al hecho de que Birmania no obtendrá la independencia ahora o en el futuro si los imperialistas británicos pueden evitarla.

“Liberación” à l’américaine

¿Quizás los imperialistas norteamericanos son más liberales, más genuinos en su deseo de ver a los pueblos coloniales liberados que los duros tiranos británicos? Después de todo, ¿acaso el Congreso hace 12 años no aprobó una ley (la Ley Tydings-McDuffie) “voluntariamente” dando independencia a las Filipinas, en 1946? Eso es el próximo año. Para que no haya dudas al respecto, Washington proclama en voz alta su intención de aplicar la ley a tiempo, tal vez incluso antes. Sin embargo, al lado de esto, el Secretario de la Marina, James V. Forrestal, anuncia que los Estados Unidos “seguirán asumiendo la responsabilidad de la seguridad de Filipinas, y tendrán que tener bases y áreas estratégicas que respalden esas bases para llevar a cabo esa responsabilidad”. . “Al hablar sobre un estado que está a punto de recibir independencia, uno seguramente no dice:” Quiero bases en su territorio y las voy a tener “. Sin embargo, así es como Forrestal habla del futuro como” independiente “. Filipinas.

Pero la derrota y el desarme de Japón, ¿no se supone que garantiza la paz perpetua en el Pacífico? ¿Contra quién, entonces, debe protegerse la “seguridad” de Filipinas? Forrestal, comprensiblemente, no entró en eso. Las Filipinas “independientes” bajo el régimen títere del presidente Sergio Osmena (quien ya aceptó amablemente ceder bases militares a Estados Unidos) permanecerán bajo el dominio estadounidense y abiertas, como lo fueron antes de que Japón entrara, a la explotación de Wall Street. Si los filipinos deben tener la temeridad de afirmar la independencia que supuestamente disfrutarán, las fuerzas armadas estadounidenses estarán listas para derribarlos. ¿Cómo encaja todo esto con la Carta del Atlántico, que prometió la libertad a todos los pueblos “en todas partes del mundo”, incluyendo, sobre todo, su derecho a los gobiernos de su propia elección? La Carta del Atlántico fue simplemente una pantalla para ocultar los objetivos de guerra predatorios de los imperialistas “democráticos”. Poco antes de su muerte, Roosevelt, el autor principal, incluso negó que existiera alguna vez la Carta del Atlántico.

¿Pero quizás encontraremos que los imperialistas franceses son más benevolentes con los pueblos coloniales? Desde Argel, después de la derrota de Francia, lanzaron verdaderos géiseres de frases altisonantes sobre “Libertad, Igualdad y Fraternidad” y elaboraron grandiosos planes en papel para elevar el nivel de sus esclavos coloniales y otorgarles “una medida” de “autogobierno” . “Bajo De Gaulle, tienen la esperanza de volver a Indochina nuevamente, con ayuda británica. Las tropas ya están siendo desplegadas desde Francia con ese objetivo a la vista. Pero el tipo de “liberación” que traerán ya se ha ejemplificado en los estados de Levante (Siria y Líbano) y en el norte de África, donde las tropas francesas y los legionarios han estado derribando a los habitantes últimamente. Bajo el estrés de la derrota en 1940, los bandidos franceses proclamaron la independencia de Siria y Líbano de su nuevo asiento de gobierno en el norte de África. Lo hicieron porque no estaban en ese momento en condiciones de combatir el movimiento de independencia en esos países. África del Norte era diferente. Con la ayuda angloamericana, se habían restablecido allí y habían dispuesto de suficientes fuerzas armadas para mantener a los nativos en continua sujeción.

Con la derrota de Alemania, la escena ha cambiado. Mientras proclama hipócritamente que Francia “todavía respeta” la independencia de Siria y Líbano, de Gaulle envía sus tropas para restaurar el dominio colonial francés. Los gobiernos nativos denunciaron esta violación. Los intentos de evitar que las tropas francesas tomaran el control llevaron a encuentros sangrientos. Tal es el rostro real del imperialismo francés. El patrón en el Levante y el Norte de África se repetirá en Indochina, si De Gaulle se sale con la suya.

Mientras que todos los bandidos imperialistas dejan en claro sus intenciones “amantes de la libertad” con respecto a las colonias, la guerra contra Japón está sacando a la luz de manera más nítida la rivalidad entre las dos grandes potencias imperialistas: Estados Unidos y Gran Bretaña. Los estados imperialistas más pequeños, debilitados y debilitados por la derrota militar, se unen a los faldones de los Grandes Poderes, con la esperanza de retener algo en la loca lucha de los gigantes por la dominación colonial. Es en el Pacífico, como señalamos antes, que los mayores premios coloniales están en juego. Dejando de lado posibles ambiciones territoriales estalinistas en el Lejano Oriente, el hecho más obvio aquí es la ansiedad de los imperialistas británicos sobre la posición dominante de sus rivales estadounidenses.

Rivalidad interimperialista

En la lucha contra Japón, los imperialistas británicos se han visto obligados a aceptar una división del trabajo que corresponde a los grandes propósitos dominantes de sus rivales estadounidenses. Los británicos deben “liberar” sus propias antiguas colonias: Malaya, Hong Kong, Borneo británico. Supervisarán y ayudarán a los imperialistas franceses y holandeses en la “liberación” de Indochina y las Indias Orientales Neerlandesas, probablemente expulsen a los japoneses de Tailandia. Quizás, también, tendrán la tarea de ayudar a expulsar a los japoneses de la antigua esfera de interés de Gran Bretaña en el sur de China.

Los imperialistas norteamericanos se han reservado la mayor parte de la cruzada “liberadora”: la mayor parte de China propiamente dicha, Manchuria y Corea (a menos que Stalin llegue primero), Formosa - además, por supuesto, el aplastamiento de los imperialistas de Dai Nippon en el Islas de origen japonesas. En esta gran esfera de operaciones militares, a los británicos solo se les permite una participación “simbólica” de actividad, y eso solo por su propia insistencia.

La preocupación británica sobre esta división de operaciones militares fue expresada muy significativamente en un despacho del **New York Times** desde Londres el 25 de mayo, que citó a “británicos calificados” diciendo que “Gran Bretaña deseaba jugar un papel considerablemente más grande en la guerra del Lejano Oriente que el Estados Unidos estaba dispuesto a asignarle “. Preguntémos: si la única preocupación es derrotar a Japón y liberar realmente a los pueblos que han sido esclavizados por los imperialistas japoneses, ¿qué importancia tienen las fuerzas que se emplean para el trabajo? o en qué proporción? Al exigir un “papel más grande”, los bandidos británicos exponen sus motivos de interés. Al tomar la parte del león, los bandidos estadounidenses revelan sus verdaderos objetivos. Los bandidos británicos, sin embargo, son bastante abiertos y descarados sobre sus diseños depredadores, porque los “cuartos británicos calificados” citados en el despacho del **Times** no reparan en el hecho de que la “importancia de estas preguntas” se evalúa “en términos de post- prestigio de guerra y ventaja económica. “¿Podría algo ser más claro?

Enfrentados a la perspectiva de una crisis económica renovada y más devastadora una vez que la lucha termine, los capitalistas monopolistas de Wall Street están empeñados en dominar no solo el área del Pacífico, sino todo el mundo. El capitalismo estadounidense, con su enorme planta productiva y enormes acumulaciones de capital, puede funcionar más o menos bien solo por medio del acceso irrestricto al mercado mundial. Desde posiciones de mando en el continente asiático, en Japón y Filipinas, que pueden dudar de que el apetito de Wall Street se extienda a la esfera de interés británica en el sur de China (si se restablece), a Hong Kong y Malaya, al Indo francés -China, de allí a las ricas Indias Orientales Holandesas, y en poco tiempo a Birmania e India, ¿la “joya más brillante de la corona imperial británica?” ¿Cómo resistirá Gran Bretaña la presión del coloso estadounidense?

Que los temores de Gran Bretaña por sus dominios en el Lejano Oriente no están infundados puede verse en un artículo en el **Reader's Digest** para el mes en curso, escrito por Eric Johnston, presidente de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos y portavoz *par excellence* del imperialismo estadounidense. Este artículo,

titulado significativamente “La oportunidad mundial de América”¹, proyecta un gran programa de penetración comercial de China e *India*. El escritor habla con entusiasmo de la expansión comercial estadounidense al sur de Río Grande, donde “cada país latinoamericano tiene una 'Comisión de Desarrollo Interamericano' que prepara proyectos *concebidos para ser atractivos para el capital de los Estados Unidos*.” (Nuestro énfasis).

Johnston continúa diciendo que una “Comisión Mixta México-Americana para la Cooperación Económica aprobó proyectos que solo en México requerirían un gasto de capital de unos \$ 400,000,000”.

Lo que se puede hacer en América Latina también se puede hacer en China y la India. De hecho, Johnston escribe como si esos dos grandes países ya estuvieran prácticamente en la bolsa de Wall Street. No es solo el comercio, sino la inversión de capital -el mayor problema del imperialismo estadounidense debido a su acumulación de grasa- lo que le interesa a este portavoz de Big Business. Relata cómo William D. Pawley de Intercontinent Corporation, una compañía estadounidense, construyó la primera planta de aviones de la India. Pawley reunió a 400 “indios educados” que “llevaron la ingeniería aeronáutica como patos al agua”. Los miembros estadounidenses del personal eran solo 38. Los empleados indios (ingenieros y trabajadores) eran en última instancia 14,000. Establecieron la primera línea de ensamblaje real de la India y llegaron a competir con los récords de producción estadounidenses por hora hombre “.

A Johnston la boca literalmente se le hace agua mientras contempla la posibilidad de poder explotar la vasta fuerza de trabajo de la India y obtener de ella ganancias incluso más altas que las exprimidas por el hábil trabajo estadounidense. “No hay duda”, escribe, “de que casi todos los pueblos atrasados son mental y físicamente capaces de hacer un trabajo superior [los británicos, por desgracia, ¡mantenlos en trabajo de peón!] Y de un trabajo más remunerativo de lo que están haciendo ahora. Lo que necesitan es *capital*.” (El énfasis en la última palabra es de Johnston).

¿Quién suministrará el capital? ¡Por qué, los benevolentes capitalistas de Wall Street, por supuesto! Dice Johnston:

En los Estados Unidos tenemos capital excedente [nuevamente el énfasis de Johnston]. Una de las críticas básicas de nuestra situación económica durante las últimas dos décadas ha sido que tenemos un capital excedente que permanece inactivo. Los países atrasados lo están pidiendo.

Aquí, entonces, está el verdadero programa del imperialismo estadounidense para los países de Oriente. Estos países deben ser obligados en servidumbre a Wall Street. Las ambiciones desmesuradas de estos despiadados bandidos del dólar significan la continuación de la esclavitud colonial, además de sembrar las semillas de guerras más devastadoras. No es de extrañar que la conferencia de San Francisco, con la delegación de Wall Street a la cabeza, rechazara una propuesta de que se incluyera una promesa de independencia para los pueblos coloniales en la carta de la propuesta organización de “paz” mundial. A la luz de sus objetivos manifiestamente depredadores, sería vergonzoso para los imperialistas incluso *prometer* la libertad a sus esclavos coloniales.

Los pueblos de las colonias y semicolonias, en Asia y en otros lugares, nunca obtendrán su independencia como un regalo de sus opresores. La libertad solo se puede ganar mediante una lucha decidida e incesante para librarse de los grilletes de la esclavitud imperialista. La lucha liberadora de los pueblos coloniales se fusiona naturalmente con la lucha mundial de la clase trabajadora para terminar con el sistema capitalista, del cual la esclavitud colonial y la guerra imperialista son los productos inevitables. El progreso de la guerra en el Pacífico abrirá nuevas oportunidades para los pueblos oprimidos. El mismo día de la derrota de Alemania, las llamas de la revuelta colonial se levantaron en el norte de África y en el Cercano Oriente: para amenazar a los imperialistas que habían inscrito engañosamente “Libertad” en sus estandartes

¹ “America’s World Chance”.

ensangrentados. Con la derrota de Japón, o incluso antes, los millones de Orient se unirán a la gran batalla por la libertad. Como el **Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la Guerra Imperialista y la Revolución Proletaria** declaró proféticamente:

Por su propia creación de enormes dificultades y peligros para los centros metropolitanos imperialistas, la guerra abre amplias posibilidades para los pueblos oprimidos. El retumbar de los cañones en Europa anuncia la hora próxima de su liberación.